



Silvina Ocampo
Cuentos completos II



«Escribí durante mucho tiempo sin que se enteraran de que yo escribía, algo totalmente informal, libre, ni verso ni prosa —declaró una vez Silvina Ocampo—, me parecía que no era apto para ser leído o mostrado, hasta que un buen día empecé a leérselo a alguien. Cuando me di cuenta de que conmovía, me lancé a una especie de dedicación; en lugar de ponerme a dibujar me ponía a escribir, pero no había un lenguaje para eso...» Estas palabras reveladoras podrían interpretarse como una clave de lectura. En efecto, la literatura de Ocampo produce la rara sensación de estar frente a algo totalmente nuevo, un mundo creado en el propio acto de escritura, cuya relación con todo lo conocido es sólo aparente. Un mundo onírico, engañoso, en el que los opuestos —candor y crueldad, placer y dolor, verdad e ilusión— conviven en una armonía tan improbable como inquietante. Este segundo volumen de sus *Cuentos completos* muestra a Silvina Ocampo en la espléndida madurez de sus recursos narrativos.

Nota del editor

La presente edición, en dos volúmenes de publicación sucesiva, reúne todos los cuentos de Silvina Ocampo publicados en forma de libro, según su orden de aparición. No se han incluido aquéllos escritos para niños en *El cofre volante*, *El tobogán*, *El caballo alado*, *La naranja maravillosa* y *Torre sin fin*.

A lo largo de los años, hay cuentos que han sufrido diversas correcciones. En tales casos se ha optado por reproducir siempre las ediciones más tardías aparecidas en vida de la autora.

Los días de la noche 1970

Hombres animales enredaderas

Al caer perdí sin duda el conocimiento. Sólo recuerdo dos ojos que me miraban y el último vaivén del avión, como si una enorme nodriza me acunara en sus brazos. Así agrada-
rá a un niño que lo acunen. Cerré los párpados, vagué por mundos desconocidos. Después un ruido ensordecedor y luego un golpe seco me devolvieron a la realidad: el encuentro duro de la tierra. Después nada me comunicaba con esa tierra, salvo la sensación de una hoguera que se apaga y deja la ceniza gris parecida al silencio. No comprendo en qué forma sucedió el accidente: que yo esté solo en esta selva con los víveres y que no quede ningún rastro a la vista de la máquina donde viajé, me desconcierta. Alguien vendrá a buscarme, confío en la astucia de los aviadores que, más que buscarme a mí y a los demás tripulantes y pasajeros, buscarán la máquina. Me encontrarán por casualidad; la casualidad existe y a veces conviene. Estas provisiones, cuidándolas, alcanzarán para veinte días. Mi cálculo podría ser inexacto.

Además algún roedor, algún pájaro o una bestia cualquiera podrían devorar los víveres que no están adecuadamente envasados; entonces, mi dieta se reduciría considerablemente. Me quedarían, asimismo, las conservas y las galletitas con gusto a cartón que están en latas, el lomito ahumado, las lengüitas, los dátiles y las ciruelas, las repugnantes castañas de Cajú, el maní.

Pero aquellos ojos, ¿dónde estarán?

Veinte días es mucho, es casi un mes. Víveres para veinte días, ¿qué más puedo pedir? Compartirlos. ¿me será dada esa felicidad? No sé dónde leí que algunos monjes se alimentaban durante mucho tiempo de dos o tres dátiles

por día. Las botellas de vino también me ayudarán a mantenerme sano y fuerte.

Pero aquellos ojos que me miraban, ¿qué beberán?

A ningún animal le interesa tomar vino, ¿por qué será? Y hablando de animales, pienso en la posible existencia de fieras.

Oigo a veces crujir las ramas y me parece que hay olor a fiera, pero entiendo que si doy curso a mis cavilaciones me volveré loco, y entonces me echo de bruces en la tierra, la beso y trato de imaginar un mundo de corderos, como en las estampas de primera comunión, y de mariposas, como en los libros de lectura infantil. Mi cama es tan cómoda que después de haber dormido ocho horas, me despierto placidamente creyendo que estoy en casa. Extiendo el brazo y con mano segura, trato de encender la lámpara de mi mesa de luz; me demoro un rato en esa ilusión. Si la noche está muy oscura, me apresa una gran angustia, pero si hay luna, contemplo la luz que brilla en las hojas de los árboles y en los troncos cubiertos de musgo y me imagino que estoy en un jardín bien cuidado. Me tranquiliza esta imagen tan tonta en realidad, ya que siempre preferí la selva a un jardín civilizado. Por eso mismo andaba siempre despeinado, me dejaba crecer la barba y, a veces, el aseo de mi ropa no era impecable. Ahora que estoy rodeado de una vegetación que se expande al azar, ¿preferiría estar rodeado de las más disciplinadas plantas? No, de ningún modo. Todos mis pensamientos me llevan a la ciudad que odié; a los alrededores de la ciudad que desprecié. Recuerdo con rencor su olor a nafta, a naftalina, a farmacia, a sudor, a vómito, a pies, a sótano, a viejo, a insecticida, a mingitorio, a recién nacido, a escupitajo, a excrementos, a cocina. No cometo la equivocación de redimir la imagen de la ciudad con la imagen de las personas queridas. Trato de no echar de menos ni la letrina ni el lavatorio. Me acostumbro a esta vida. Uno se acostumbra a todo, me decía mamá y tenía razón.

No conozco el clima de este sitio; eso sí, me molesta un poco mi ignorancia. Sería difícil conocerlo sin nada que me oriente: ni barómetro, ni indicación geográfica, ni estudios botánicos ni climáticos. Por culpa de una tormenta el avión tuvo que cambiar de rumbo, de modo que no sé ni siquiera aproximadamente dónde cayó. Podría consultar el cielo, pero tampoco entiendo mucho de estrellas, temo equivocarme. Creo que este lugar es húmedo porque hay ciertas lianas y cierta variedad de madreselvas que crecen en lugares húmedos. No sé si el calor que siento es del trópico o simplemente del verano. Hay bajo los árboles ciertos helechos que se amontonan entre el musgo.

¿De qué color eran aquellos ojos? Del color de las bolitas de vidrio que yo elegía, cuando era chico, en la juguetería.

De noche hay luciérnagas y grillos ensordecedores. Un perfume suave y penetrante me seduce, ¿de dónde proviene? Aún no lo sé. Creo que me hace bien. Se desprende de obres o de árboles o de hierbas o de raíces o de todo a la vez (¿no será de un fantasma?); es un perfume que no aspiré en ninguna otra parte del mundo, un perfume embriagador y a la vez sedante. Husmeando como un perro ¿me volveré perro?, estrujo las hojas, las hierbas, las flores silvestres que encuentro. Estudio las hojas para averiguar si ese perfume emana de ellas. Arranco y pruebo la corteza de los árboles. Finalmente he descubierto lo que perfuma el aire con tanta vehemencia: es una enredadera, tal vez de flores insignificantes. Nada en su aspecto la distingue de las otras, salvo su impetuoso follaje. Mientras la miro me parece que crece. Me alimento metódicamente de acuerdo con el cálculo de cantidades diarias que me he propuesto comer para que los alimentos me alcancen hasta la llegada del avión o del helicóptero que espero de los hombres y de Dios. Como varias veces por día pequeñas dosis de alimentos. Hay algunas frutas silvestres que enriquecen mi dieta. Soy una porquería. ¿Por qué me cuido tanto? No hace ni

un mes que pensaba suicidarme; ahora metódicamente me alimento, trato de descansar, como si cuidara a un niño. Hay personas que tardan mucho en saber quiénes son. El canto de los pájaros a mediodía (lo que yo calculo que es el mediodía) se vuelve ensordecedor. Hubiera podido fabricar una honda con elásticos que tengo en la cintura de mi *anorak* y dos ramas que he recortado. ¿Para qué cazar un pájaro?, me pregunto. Lo natural sería matarlo y comerlo. No podría. Mi voluntad se debilita, tal vez. Duermo mucho. Cuando me despierto, saco fotografías de los árboles, de mi mano, de mi pie, del follaje, pues ¿qué otras fotografías podría sacar? No tengo disparador automático para fotografiarme. Además no sé si mi cámara fotográfica funciona, porque ha recibido un golpe. En algunos momentos pronuncio mi nombre varias veces, dando a mi voz tonalidades diferentes. ¿Tendré miedo de olvidarlo? Descubro que hay un eco en el bosque. Nada me da tanto miedo. A veces oigo, o creo oír, el motor de un avión: entonces miro el cielo desesperadamente.

¿Dónde estarán aquellos ojos que me miraban tanto? ¿De qué conversarán? ¿Habrán caído al mar atraídos por su propio color? ¿Si llegan de improvviso?

Poco a poco me acostumbro a esta vida. Prefiero dormir, es lo que hago mejor, a veces demasiado. Si una fiera me atacara durante mi sueño no podría defenderme y cometo todos los días la imprudencia de dormir profundamente a la hora de la siesta; es claro que no sé a ciencia cierta cuándo es la hora de la siesta, porque mi reloj se ha parado y por primera vez he perdido la noción del tiempo. A través de tantos árboles la luz del sol me llega indirectamente. Después de perder el hilo de la hora, si así puede decirse, difícil sería orientarme de acuerdo con esa luz. No sé si es otoño, invierno, primavera o verano. ¿Cómo podría saberlo si no sé en qué sitio estoy? Creo que los árboles que me rodean son de hojas perennes. No me atrevo a aventurarme por el bosque: podría perder mis provisiones.

Ésta ya es mi casa. Las ramas son mis perchas. Extraño mucho el jabón y el espejo, las tijeras y el peine. Empieza a preocuparme la cuestión del sueño, me parece que duermo casi todo el tiempo y creo que las culpables son estas flores que perfuman tanto el aire. El aspecto anodino que tienen, engaña: forman una glorieta que observándola bien es diabólica. Vanamente las arranco de la tierra: vuelven a crecer con más ímpetu. Traté de destruir algunas enterrándolas, pero no tengo herramientas para cavar la tierra y me serví de un trozo de madera chato, cuyo manejo me resultó engorroso. Pobre Robinson Crusoe, o más bien dicho, feliz Robinson Crusoe que sabía desempeñarse en las tareas que impone la soledad. Yo no sirvo para una situación como ésta. Vanamente traté de destruir las flores, como estaba diciendo, pues muchas de ellas se trepan a los árboles y se pierden en la altura tapándome el cielo. No podría destruir con nada su perfume, ya que este lugar es como un cuarto cerrado. A veces me he dormido observando una rama con dos o tres flores; al despertar he advertido que la misma rama ya tenía nueve flores más. ¿Cuánto tiempo yo habría dormido? No lo sé. Nunca sé el tiempo que duermo, pero supongo que duermo como en los días en que llevo una vida normal. ¿Cómo en ese tiempo tan corto han podido florecer tantas flores? Si pienso en estas cosas me volveré loco. Observo la flor culpable de mi sueño: es como una campanilla, y es dulce (la he probado). Las ramas en que brota van tejiendo extrañas canastitas. Nunca observé una enredadera tan de cerca. Se enrosca en troncos y en ramas, con un tejido tan apretado que a veces resulta imposible arrancarla. Es como un forro, como una cascada, como una serpiente. Sedienta de agua, busca mis ojos, se aproxima. Ahora tengo miedo de dormir. Tengo pesadillas. Ya van varias noches que sueño lo mismo: la madreselva me confunde con un árbol y comienza a tejer alrededor de mis piernas una red que me aprisiona. No creo que estoy mal de salud. Creo, por lo contrario, que estoy perfectamente

bien. Sin embargo, este estado de somnolencia no parece tan normal. A veces me pregunto: ¿no habré perdido totalmente la noción del tiempo? ¿Duermo más de lo que es habitual para un ser humano, o creo que duermo más? ¿Es el perfume que me da sueño? A la hora en que más se expande, empiezo a parpadear, se me cierran los ojos, y caigo en un letargo que al despertar me asusta. El progreso que hace la enredadera sobre el árbol fue durante unos días mi reloj. Como una tejedora iba tejiendo sus puntos alrededor de cada rama. Al despertar, por los nudos que había hecho yo podía calcular el tiempo de mi sueño, pero ahora, últimamente, se apresura. ¿Soy yo o el tiempo? Pasar de una idea a la otra sin orden alguno, es una de mis características actuales, pero la verdad es que nunca dispuse de tanto tiempo ni de tanta inactividad física. Jamás creí que me encontraría en una situación semejante. La abstinencia, además, me causó siempre horror. Ayer ¿sería ayer ayer? bebí dos botellas de vino para desquitarme, y después de vagar por el bosque, embriagado, caí dormido no sé por cuánto tiempo.

Soñé que decía: ¿Dónde estarán aquellos ojos que tanto me miraban? ¿Qué beberán? Hay personas que son manos; otras, bocas; otras, cabellera; otras, pecho donde uno se recuesta; otras, cuello; otras, ojos, nada más que ojos. Como ella. Trataba de explicárselo cuando íbamos en el avión, pero ella no entendía. Entendía sólo con los ojos y preguntaba: «¿Cómo? ¿Cómo dice?».

Desperté lejos de los víveres creyendo que jamás volvería a encontrarlos. Me amonesté cruelmente. Tuve discusiones conmigo mismo. Volví guiado por una gracia divina, sin duda, al lugar de salvación: mis alimentos. ¡Qué ironía de la suerte! ¡Depender de alimentos cuando me jactaba entre los hombres de poder pasar veinte días ayunando y me reía de las huelgas de hambre! Ahora, por un dátil o por una repugnante castaña de Cajú, vendería mi alma. Sin duda todos los hombres son iguales y reaccionarían del mismo mo-

do. No me muevo, estoy encerrado como en una celda. No supuse que celda y selva se parecieran tanto, que sociedad y soledad tuvieran tantos puntos de contacto. Dentro de mi oreja un millón de voces discuten, se enemistan, se dedican a destruirme. Tra ra ra ra ra estoy harto.

Dios mío, que me sea dado no olvidarme de aquellos ojos. Que el iris viva en mi corazón como si mi corazón fuese de tierra y el iris una planta.

Esas voces contradictorias (volviendo a las voces que siento dentro de mi oreja) se dedican a destruirme.

Amaos los unos a los otros. Nunca me resultó tan difícil seguir ese precepto. Asimismo no hay que despreciar la soledad. Un día el mundo se poblará tanto, que mi actual guarida no será solitaria. Pensar en transformaciones me da vértigo. Con los ojos cerrados pienso todos esos disparates y es una imprudencia: la enredadera aprovecha mi descuido para treparse por mi pierna izquierda, teje una red minuciosa en cada dedo de mi pie. El dedo más chiquito me hace reír. Con qué artimaña lo envuelve. No hablemos del dedo gordo que parece un hisopo. La enredadera avanza rápidamente en su trabajo con distintos métodos: para los dedos chicos de mi pie utiliza simplemente un punto que se parece mucho a los barrotes de las sillas de mimbre modernas, para superficies grandes utiliza una amalgama extraña de arabescos que imitan los asientos plásticos de los automóviles. Arranco de mi pie la trenza con cierta dificultad. Recuerdo una enredadera de mi casa que se llama enamorada del muro, y que tiene patitas con garras que se adhieren a los muros. Recuerdo haber arrancado, de niño, algunas ramas y haber sentido la resistencia de la planta en cada una de las hojas como gatitos que no quieren soltar su presa. Esta enredadera no tiene patitas como la enamorada del muro. Mayor es su mérito. Infatigablemente va tejiendo y tejiendo lazos. ¡Pobres árboles, pobres plantas que caen bajo sus garras! *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo.* Se lo decía a alguien (por quien ya no siento ningún

amor) para conmovérsela. Me quedó el verso. No estoy tan seguro de ese apenas sensitivo. De noche me parece que oí a los árboles quejarse, abrazarse, rechazarse o suspirar, arrodillarse frente a otros de su familia o de otros que habían sucumbido bajo la enredadera. Ingresé en este mundo vegetal desconociéndolo totalmente. El único árbol que conocí, fuera del sauce, se entiende, fue la tipa. Una vez mamá dijo al cruzar la plaza San Martín:

—¡Qué lindas tipas! —pasaban en ese momento dos mujeres horribles y me reí.

—¿De qué te reís? —protestó mamá mirando el follaje de las tipas y añadió—: ¿Acaso ahora no se puede admirar ni los árboles?

—¿Qué árboles? —interrogué.

—Las tipas, ignorante. Todavía no sabés lo que son las tipas.

—¡Ah!, las tipas —respondí con debido asombro—, «yo creí que hablabas de las tipas».

—Ya no sabés ni hablar. Tendrías que irte a la selva para hablar con los monos.

Pobre mamá, cómo se habrá arrepentido del insulto. A veces me desvela ese recuerdo pero no puedo evitarlo. Miro en la oscuridad las tipas. Tenían flores amarillas: el vestido de mamá parecía más celeste. ¿Y yo tendré siempre mi cara gris de Buenos Aires?

¿Qué mirarán aquellos ojos?

Cara de pan crudo, decía la modista que venía a coser para mis hermanas en casa y que siempre pensaba que yo tenía doce años cuando ya había cumplido los veinte. ¡Qué opio tener veinte años! No extraño mi casa; eso sí que no, pero un espejo es una compañía, mala o buena, como todas las compañías, y allí tenía mi espejo redondo como una luna. He dormido esta vez más que todas las otras veces, más que el día de la borrachera; es claro que no puedo estar seguro de no equivocarme.

¿Dónde estarán aquellos ojos? ¿Los estaré olvidando? No recuerdo muy bien la forma del lagrimal.

A veces uno duerme cinco minutos y parecería que ha dormido toda una noche. Me dormí al atardecer, me desperté con una luz de atardecer. ¿Habría dormido cinco minutos? Pero tengo una prueba contundente de que no fue así: la enredadera tuvo tiempo de tejer su trenza alrededor de mi pierna izquierda y de llegar hasta el muslo; ¡la tiene con mi pierna izquierda! Como si no fuera bastante hizo otro tanto con mi brazo izquierdo. Esta vez la arranqué con mayor dificultad pero con menos urgencia que la vez anterior, diciéndole animal, como a una de mis amigas que siempre me embroma. He resuelto cambiar de guarida. Cargo mis víveres y me mudo en busca de un sitio sin enredaderas pero no lo encuentro y la caminata me cansa. A veces pienso que han pasado varios años y que soy viejo; pero si fuera así no me quedarían provisiones. Ahora me quedé en un lugar tal vez peor, pero no tengo ánimo para volver sobre mis pasos. Toda esta selva es una enredadera. ¿Para qué preocuparme? Hay que preocuparse sólo por lo que tiene solución. El perfume seguirá embriagándome, dándome sueño. La enredadera seguirá haciendo sus trenzas. Ahora raras veces me despierto sin que haya tejido alguna trenza alrededor de mi brazo o de mi pierna. Ayer no más, se trepó a mi cuello. Me fastidió un poco. No es que me diera miedo, ni siquiera cuando se me enroscó alrededor de la lengua. Recuerdo que al soñar grité y abrí imprudentemente la boca. Es extraño. Nunca pensé que una enredadera podía introducirse tan fácilmente adentro de mi boca.

—Anormal. ¿Qué te has creído? Uno no se puede fiar de nadie —le dije.

Me hace gracia porque pienso en la risa que les va a dar a mis amigos esta anécdota. No me creerán. Tampoco creerán que no puedo estar ociosa. Últimamente trato de tejer trenzas como la enredadera alrededor de las ramas: es

un experimento bastante interesante, pero difícil. ¿Quién puede competir con una enredadera? Estoy tan ocupada que me olvido de aquellos ojos que me miraban; con mayor razón me olvido hasta de beber y de comer. ¡Variable género humano! Envolví la lapicera en mis tallos verdes, como las lapiceras tejidas con seda y lana por los presos.

Amada en el amado

A veces dos enamorados parecen uno solo; los perfiles forman una múltiple cara de frente, los cuerpos juntos con brazos y piernas suplementarios, una divinidad semejante a Siva: así eran ellos dos.

Se amaban con ternura, pasión, fidelidad. Trataban de estar siempre juntos y cuando tenían que separarse por cualquier motivo, durante ese tiempo tanto pensaban el uno en el otro que la separación era otra suerte de convivencia, más sutil, más sagaz, más ávida.

Lo primero que hacían al separarse era poner cada uno en su reloj pulsera la hora exacta.

—A medianoche quiero que repitas los versos de San Juan de la Cruz, que me gustan.

—*¿Oh noche que juntaste amado con amada, / amada en el amado transformada?*

—Los diremos a la misma hora.

—A las seis de la tarde, en el reloj, mis ojos te mirarán.

—En el lápiz de los labios estaré cuando te pintes, o en el vaso cuando bebas agua.

—A las ocho te asomaras a la ventana para contemplar la luna. No mirarás a nadie.

—Creyendo que es tuyo, para no gritar de pena, me morderé el brazo, no el antebrazo.

—¿Por qué?

—Porque el brazo es más sensible.

—¿En qué sitio?

—En el sitio en que la boca lo alcanza cuando el brazo está doblado con el codo hacia arriba, apoyado contra la cara, como guareciéndola del sol. Es tu postura predilecta, por eso la imito como si mi brazo fuera el tuyo.